

Montgomery, Ch. (2023)  
*Ciudad feliz. Transformar la vida a través del diseño urbano*  
Madrid: Capitán Swing  
416 pp., ISBN 978-84-126198-1-2

Reseñar *Ciudad feliz*, de Charles Montgomery, es adentrarse en una reflexión sobre cómo el diseño de nuestras ciudades afecta la vida cotidiana. En un momento histórico marcado por la crisis climática, la fragmentación urbana y la erosión de los vínculos comunitarios, se nos recuerda que la ciudad debe ser un espacio para habitar plenamente, no solo para transitar o invertir. Así, dialoga con planteamientos de Jacobs o Gehl, quienes defendieron la escala humana y la interacción social como eje central del urbanismo, incorporando además la psicología ambiental y la economía conductual para mostrar cómo la forma de nuestras ciudades moldea emociones, confianza y relaciones comunitarias.

En sus páginas centra su crítica en los patrones contemporáneos de dispersión, zonificación y mercantilización del espacio. Montgomery se aparta de este modo de la retórica economicista sobre la “acumulación por desposesión” (Harvey, 2003), mostrando que decisiones de diseño aparentemente técnicas afectan directamente la salud mental, la seguridad percibida y la satisfacción vital. En este sentido, su discurso también recuerda a Lefebvre cuando advertía que “el derecho a la ciudad” no se limita a la posibilidad de habitar un espacio, sino a la oportunidad de experimentar la vida urbana en toda su riqueza relacional (Lefebvre, 2017).

El libro encuentra su fuerza en la articulación entre evidencia práctica y narración. Nos lleva de Vancouver a Bogotá, de Copenhague a Nueva York a lo largo de sus trece capítulos, para mostrar cómo

diferentes políticas y proyectos urbanos se han convertido en transformadores de la experiencia de vida de cada una de esas ciudades. Cuando relata el efecto de una simple intervención en el espacio público, ya sea una calle peatonalizada, una plaza rediseñada o un carril bici protegido como las llevadas a cabo en Nueva York (Sadik-Khan y Solomonow, 2024), no lo presenta como un logro estético o de ingeniería, sino como un catalizador de relaciones humanas. En esta línea, coincide con Gehl al subrayar que la verdadera medida de una ciudad no es la altura de sus torres o la anchura de sus avenidas, sino la calidad de vida que ostentan sus ciudadanos (Gehl, 2010).

La crítica a la ciudad dispersa ocupa un lugar central. Montgomery describe este modelo como costoso, contaminante y antisocial: obliga a depender del automóvil, fragmenta la comunidad y erosiona la biodiversidad. Lejos de ser un refugio familiar, el suburbio se convierte en un escenario de aislamiento, donde los trayectos largos y solitarios en coche resultan especialmente nocivos para la salud y la felicidad.

Sin embargo, el libro no se limita a la denuncia. Se encuentran alternativas que dialogan con modelos contemporáneos donde la proximidad y la accesibilidad se convierten en principios clave: poder llegar a pie o en bicicleta a determinados lugares no solo reduce emisiones, sino que fortalece la sociabilidad, la percepción de seguridad y la cooperación entre vecinos. Con ello, Montgomery va más allá de la lógica funcionalista y plantea que no basta con reducir los tiempos de desplazamiento, sino que hay que diseñar espacios que fomenten la confianza, la cooperación y el encuentro casual.

No obstante conviene someter su propuesta a un análisis crítico desde la planificación. Haciendo énfasis en la felicidad podemos correr el riesgo de

caer en una visión individualizada de bienestar, invisibilizando desigualdades estructurales, como la segregación social o la precariedad habitacional. Autores como Harvey o Saskia Sassen nos recuerdan que la ciudad es también un espacio de conflicto, de lucha de clases y de poderes globales. Montgomery, al centrar su mirada en la escala barrial y en los indicadores de felicidad, tiende a despolitizar algunos debates. De ahí que la lectura de *Ciudad feliz* deba completarse con una visión más estructural que reconozca que no todas las comunidades tienen el mismo poder para apropiarse del espacio ni para disfrutar de sus beneficios, cuestión que al final de su libro se intuye pero no de forma crítica.

Otro eje fundamental del libro es la dimensión climática. Montgomery subraya que el diseño urbano está en el corazón de la crisis ambiental: la forma en que ocupamos el suelo, nos desplazamos o consumimos energía determina impactos directos sobre nuestra huella ecológica. Esto se formula en clave de experiencia: no se trata de reducir emisiones, sino de construir ciudades más sanas, verdes y socialmente vibrantes. En un escenario en que la emergencia climática se entrecruza con fenómenos como la turistificación o la financiarización de la vivienda, *Ciudad feliz* ofrece un horizonte urbanístico alternativo que recupera lo cotidiano como centro del debate. Montgomery no propone soluciones mágicas ni recetas universales, pero sí una sensibilidad que complementa las visiones estructurales basándose en que la felicidad no es un complemento, sino el núcleo de cualquier proyecto de ciudad que aspire a ser justa y habitable. Esa capacidad de traducir la complejidad climática a experiencias tangibles le da al libro una fuerza comunicativa poco frecuente, más eficaz que la de informes técnicos especializados.

En última instancia, la mayor virtud de *Ciudad feliz* es devolver al centro del urbanismo lo que este había marginado: la dimensión afectiva y social de la vida urbana. Frente a un urbanismo dominado por normativas, métricas o balances financieros,

Montgomery plantea un urbanismo de la experiencia, que valore la confianza vecinal y la alegría de compartir el espacio. No se trata de ingenuidad, sino de reconocer que, sin esa dimensión afectiva, la ciudad se convierte en un soporte físico vacío, incapaz de sostener una vida democrática.

En definitiva, su libro no ofrece un modelo exhaustivo ni pretende ser un manual técnico: lo que propone es una reorientación del debate hacia lo fundamental. Para quienes trabajamos en planificación, geografía urbana o políticas públicas, la obra es una invitación a repensar los fines últimos de nuestras disciplinas, a interrogarnos sobre si nuestras ciudades no han olvidado lo esencial en su carrera por atraer inversiones, turistas o grandes eventos (Córdoba Hernández, 2014). En un mundo marcado por la crisis climática y por dinámicas urbanas que amenazan la cohesión social, la voz de Montgomery resuena como recordatorio de que el éxito urbano no puede medirse solo en crecimiento económico, sino en la capacidad de construir comunidades cohesionadas, saludables y felices.

Rafael Córdoba Hernández

Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio, Escuela Técnica Superior de Arquitectura, Universidad Politécnica de Madrid

## REFERENCIAS

- Córdoba Hernández, R. (2014). El modelo de urbanismo neoliberal enfocado en el turismo y el ocio como ejemplo de insostenibilidad. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, (8), 189–203. <https://recyt.fecyt.es/index.php/encrucijadas/article/view/78983>
- Gehl, J. (2010). *Ciudades para la gente*. Infinito.
- Harvey, D. (2003). *El nuevo imperialismo*. AKAL.
- Lefebvre, H. (2017). *El derecho a la ciudad*. Capitán Swing.
- Sadik-Khan, J. y Solomonow, S. (2024). *Luchar por la calle. Manual para una revolución urbana*. Capitán Swing.